

Dos minutos después toda la casa, despertada por los gritos de Susana, estaba en completa emoción; solo Clementina y Luz, á pesar de sus voces, no habían salido de su cuarto, según hemos dicho.

—¡Miserable mujer!— se decía Susana, —ni aun se atreve á venir á contemplar su obra.

Sin embargo, era preciso disimular y preparar respuesta para todas las preguntas que naturalmente le iban á ser dirigidas.

Aunque algo tarde, Clementina y Luz acudieron; esta última, fingiendo gran desesperación y lanzándose con gritos y lágrimas sobre el cuerpo de Maudhuy; la otra muda de terror y como petrificada.

Susana lanzó una mirada terrible, que al momento reprimió. La pobre jóven no estaba al fin de sus torturas.

Llamaron á un Médico; Susana tuvo que contarle las circunstancias de aquella muerte, y fiel á su juramento, las arregló y explicó de manera que el Médico quedó convencido de que Maudhuy había fallecido á consecuencia de la enfermedad que hacia tiempo padecía.

Por un momento estuvo á pique de descubrirse por causa de Jorge: el niño no se había dormido; gritaba y llamaba desafortadamente.

Un criado le abrió la puerta y salió llorando

amargamente. Al verle su madre le tendió sus brazos, pero Susana fue más activa.

—¡No, tu madre soy yo desde ahora!— gritó cogiéndole en sus brazos.

Y se le llevó corriendo, como si tratase de robárselo á su verdadera madre.

XV

No se vió en aquella acción más que un arrebato de dolor irreflexivo.

En cuanto á la muerte de Maudhuy, estaba prevista desde hacía tiempo como resultado inevitable de su enfermedad, para que á nadie sorprendiese; el mismo Médico no notó ciertas indicaciones sospechosas que en cualquier otra circunstancia no hubiera dejado de llamarle la atención.

Por otra parte, se vió obligado á prestar sus cuidados á Susana que, al llegar á su cuarto, fué acometida de un fuerte ataque de nervios, seguido de una violenta fiebre. La exaltación de la joven era extrema; se cambió en verdadero delirio á la vista de Clementina, que se presentó á saben cómo estaba, y que tuvieron que alejar de allí.

El Médico temía un ataque cerebral.

Sin embargo, tuvo lugar la reacción; abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la enferma, que la fueron de gran alivio; pasó una noche bastante calmada, en compañía de Jorge, cuyas caricias la tranquilizaban y de quien no quiso separarse ni un solo instante.

También, para evitar al niño el lúgubre espectáculo del entierro de su padre, consintió, cediendo á las súplicas de Charens y del Médico, en encerrarle con él en Villanueva, mientras era conducido á París el cuerpo del desgraciado Maudhuy.

El entierro tuvo lugar el 3 de septiembre, con una gran comitiva; el difunto era muy apreciado de todo el mundo.

Aprovechándose de sus privilegios de viuda, Clementina no asistió á la fúnebre ceremonia. Pero los amigos íntimos que llegaron hasta ella pudieron notar su aspecto digno y sencillo, sin ostentación de sentimientos exagerados, de hipócritas lágrimas: el estupor causado por una muerte tan repentina reemplazaba ostensiblemente las manifestaciones de un dolor que ella no podía experimentar.

La actitud de Luz era muy diferente. Desde el momento en que se había arrojado como loca sobre el cuerpo de Maudhuy, no había cesado

de gemir y de llorar; ¡eran lamentos sin fin sobre la desgracia de su pobre Nini!

—¡Qué desgraciada es la pobrecilla! ¡Qué digna de compasión!—exclamaba, alzando al aire sus delgados brazos.

—Vamos á ver—le dijo Clementina cuando se quedaron solas;—¿á qué vienen esas demostraciones? No veo su utilidad.

—Es preciso hacer algo por el mundo—dijo.

Pero temiendo haberse envilecido demasiado á los ojos de su sobrina, añadió:

—Mi sentimiento es más sincero de lo que tú te crees: ¡tengo, así, como remordimientos!

—¿Remordimientos?

—Sí. ¿Recuerdas cuando eché las cartas?

—¿Vas á imaginar que eso ha podido tener alguna influencia?

—No lo afirmaría; pero todo ha sucedido como yo te lo había anunciado.

Clementina se encogió de hombros.

—Sea lo que quiera,—añadió Luz en voz baja inclinándose hacia su sobrina,—¡ya estás libre!

—¡Cállate!—dijo esta, que desde hacía dos días había tenido fija en su mente aquella idea.

Cuando las dos mujeres se hallaron con Luis de Charens, á su vuelta del entierro, Luz, que había vuelto á tomar su aire desolado, cogió enternecida la mano del joven:

—¡Ah! ¡mi buen señor de Charens, qué pérdida acabamos de sufrir!— exclamó.

—Es verdad,—dijo sencillamente Luis—Jamás olvidaré por mi parte, las bondades de Maudhuy; ¡le debo todo lo que soy!

Y al decir esto, sus párpados se humedecieron, y aquella lágrima escapada á un dolor virilmente soportado, era más conmovedora que todas las exclamaciones hipócritas y fingidas de la vieja jorobada.

Luz, entonces, empezó á hacer un gran elogio del difunto, apoyándola Clementina, aunque con bastante frialdad; pero no tardó Luis en interrumpir aquel concierto de alabanzas.

—Sin duda,—dijo,—todos hemos sabido apreciar, y guardaremos de él un eterno recuerdo... Pero hay una persona que le era particularmente querida, y cuyo estado en este momento me inspira serias inquietudes.

Clementina, á estas palabras, se estremeció bruscamente.

—¡Oh! ¡sí, su hermana!—dijo, Luz;—en efecto, esa pobre Susana ha recibido un golpe cruel.

—Deseo ardientemente saber cómo se halla y os pido permiso para retirarme.

—Nosotras también estamos muy inquietas,—dijo Luz,—y si queréis os acompañaremos.

—Antes hay que dar una vuelta por las oficinas, y luego, si os parece, iremos á verla.

Apenas salió, Clementina declaró que no iría á Villanueva.

—¿Prefieres, pues,—dijo Luz,—dejarle el campo libre? A la verdad que ya no te conozco. Si como tú crees, Susana es para ti una rival temible, ¿piensas vencerla con tus torpezas?

Y con aquella malicia que le era propia, y que con tanto desprendimiento ponía á disposición de su sobrina, se puso á explicarle la conducta que debía observar.

Primero era preciso poner buena cara á Susana, observándola, denigrarla poco á poco en el espíritu de Luis, sonreír á éste y provocar comparaciones que no podían menos de ser favorables á Clementina.

Si por casualidad el señor de Charens se obstinaba en su ridícula adhesión, convendría separar á los dos tiernos enamorados.

—¿Olvidas,—continuó, estrechando la mano de su sobrina,—que eres la viuda de Maudhuy, que tendrás que liquidar intereses comunes con su socio, que ambos vais á vivir en la misma casa? ¡Cuántas ocasiones se te presentan de verte á solas con él, de coquetear, de fascinarle, de seducirle! ¡Oh! si yo estuviera en

tu lugar, antes de un mes lo vería á mis piés, pidiéndome perdón de haberse desdeñado tanto.

Eran más que suficientes aquellas razones para decidir á Clementina. Un cuarto de hora después partían los tres para Villanueva.

Aunque el Médico hubiese declarado que no había que temer un accidente, el día había sido muy malo para Susana, la fiebre se había agravado, y se vió obligada á guardar cama durante algunas horas; luego quiso levantarse, á pesar de su estado de agitación. Extendida en una otomana, hablaba y jugaba con Jorge, tratando de engañar su común tristeza.

Sonrió, agradecida, á Charens y á Luz; pero al ver á Clementina, que estaba detrás de éstos, se renovó en ella la misma impresión de horror que había experimentado los anteriores días; su mirada se extravió y apenas podía respirar.

—¿Qué tenéis, mi querida Susana?—preguntó Luis.

—Nada—respondió; pero todo su cuerpo temblaba, y sus miradas se fijaban ansiosamente en su cuñada, como bajo el imperio de una dolorosa fascinación.

—¿Ah! ¿soy yo la que te da miedo?—preguntó Clementina.

—¿Miedo?... ¡oh! ¡sí!—balbuceó la joven.—¿A qué habéis venido?... ¿Qué queréis?...

Clementina frunció las cejas.

—¿Y es á mí á quien dices eso? ¿Qué es lo que te pasa?—dijo.

Pero Susana no la escuchaba, y respondiendo á su propio pensamiento, añadió:

—Sí... lo sé... lo comprendo... ¡Venís aquí para llevároslo!... ¡Queréis arrebatarme á mi Jorge!... ¡Pero no lo conseguiréis!... ¡No; le defenderé hasta la muerte! ¿No es verdad, Jorge, que no te separarás de mí?—añadió estrechándole contra su seno.

—¡No, no, tía Susana!—dijo el niño.

Charens cambió una mirada con Luz y ambos creyeron de su deber tranquilizar á la enferma.

—No tengáis cuidado, querida Susana,—dijo Luis;—nadie piensa en separaros de Jorge.

—¿Es cierto? ¿me lo prometéis?... ¡Oh! os creo, sois bueno y me ayudaréis á defenderle, á protegerle.

Clementina, á una señal suplicante de Charens, se alejó, irritada é inquieta á la vez de la extraña repulsión que ella excitaba.

Susana, entonces, como si se viera libre de dolorosa opresión, se fue calmando poco á poco.

Sin embargo, sintió nuevo estremecimiento y rompió en amargollanto, cuando supo que su cuñada pensaba quedarse en Villanueva, y que le sería preciso vivir bajo el mismo techo que ella.

XVI

A pesar de todas estas emociones, la juventud y la naturaleza vencieron la afección física de Susana. Al cabo de algunos días desapareció todo peligro. Susana, á pesar de irse reponiendo, se hallaba siempre mortalmente triste, y siempre bajo el golpe de la antipatía que le inspiraba Clementina.

Para evitar su vista, se encerraba en su cuarto con Jorge, de quien no quería separarse ni un solo instante; parecía que su amor por este niño se hubiera acrecentado con toda la afección que había tenido á su padre; no permitía que nadie le cuidase ni se ocupase de él; era ella quien preparaba sus comidas y las hacía tomar.

Estas singularidades solo podían explicarse por su estado enfermizo, por su profundo trastorno nervioso resultante de la muerte de Maudhuy. Sin embargo, Luz, después de haber reflexionado en ello, creyó descubrirle otra causa. ¿Qué podía, en efecto, producir aquella aversión particular contra Clementina, más que la sospecha de que su cuñada amaba á Luis y era su rival?

—Si, —dijo un día á su sobrina;— no puede ser más que esto; es el instinto de los celos lo que la anima contra tí.

—¡El instinto de los celos! Te engañas. Jamás me he descubierto delante de ella, y Clarens es incapaz de haberle dicho...

—Lo habrá adivinado...

—Entonces no guardaré ya reserva alguna.

En efecto, desde aquel día, y á pesar de las advertencias de su tía, devolvió á Susana sus desdenes y sus desprecios.

Así pasaron quince días. Luis, obligado por sus asuntos á ir todas las mañanas á París, se hallaba sorprendido, á su regreso por la noche, de no poder hablar un solo instante con Susana, sin que Luz, siempre al acecho, no se entrometiese en su conversación; luego creyó notar también en la joven alguna frialdad para con él.

Un día que logró burlar la vigilancia de la anciana, se quejó de ello á Susana.

—¿Qué os he hecho?—dijo;—¿en qué he podido desagradaros? Se diría que estáis ofendida conmigo.

—¡Yo, ofendida con vos!—exclamó Susana con esa febril animación que la dominaba desde la muerte de su hermano:—¡Dios mío, no tall... ¿Qué puedo reprocharos? ¡Vos de nada sois culpable!

—¿Es decir, que siempre me amáis?—preguntó Luis regocijado.

—Sí, y no tengo confianza más que en vos; sois el único con quien cuento para resistir á las duras pruebas que tendré que sufrir.

Y lágrimas abrasadoras brotaban de sus ojos.

—¡Lloráis!—exclamó de Charens casi tan conmovido como ella;—¡calmáos, os lo ruego!... Sí; podéis contar conmigo... Mi vida entera os pertenece.

Quiso hablarla de su amor, recordarla las dulces promesas cambiadas entre ellos y ratificadas por Maudhuy; pero ella le interrumpió.

—Dejemos eso, os lo ruego. Ha sido un sueño que no puede realizarse.

—Hoy ro; pero más adelante...

—¡No, jamás!—repuso ella con acento suplicante,—¡entre nuestros proyectos y nosotros hay una tumba!

—Pero el que en ella está encerrado aprobaba nuestro amor.

—¡Qué importa! ¡Estáis seguro que lo aprobaría hoy? ¡Creéis que su muerte no ha cambiado nuestra condición imponiéndonos nuevos deberes?

Y le habló de la abnegación absoluta que debía consagrar á Jorge, del juramento que ha-

bía hecho á su hermano moribundo y que nada podría impedirle de cumplir.

Mas como Luis la hiciese observar que el niño tenía aún á su madre:

—¡No!—dijo ella;—no tiene más que á mí, ¡es huérfano!

Pero como á estas palabras, Luis alzase la cabeza sorprendido, temió haber ido demasiado lejos y haber dejado traslucir la terrible acusación, que debía tener secreta, por lo que añadió:

—¡No es ella quien, á tanto amor, sólo ha contestado con el desdén? ¿No es ella quien, por un suplicio constante, ha agravado la enfermedad que le arrebató á nuestro cariño?... ¡Oh, sí, sí! ¡Es ella quien lo ha asesinado!... ¡Y verme yo condenada á vivir á su lado, bajo su dependencia!... ¡Ah! ¡No ha esperado mucho tiempo para insolentarse conmigo y amenazarme! ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Cómo podré resistir?...

Y se dejó caer en una silla, sollozando desesperadamente.

Luis trató de reanimarla afirmándola que sus temores eran exagerados, y que en todo caso contase con su apoyo.

Al mismo tiempo pensaba separar á las dos cuñadas, cuya recíproca antipatía le era más conocida que á nadie, y para las que la vida común debía ser un continuo padecimiento.

Sin haberse fijado en nada, pero seguro de acertar, prometió á Susana librarla pronto de la presencia de aquella que miraba como á enemiga. Susana se lo agradeció con efusión.

—¡Oh, que bueno sós!—le dijo.—Sí, haced eso, y jamás tendré bastante reconocimiento por semejante servicio.

Y pasó á explicarle la vida como ella la comprendía ahora, vida de aislamiento y austeridad, en un retiro separado, lejos del mundo y de todos, sola con Jorge, de cuya educación se encargaría, y cuyo porvenir sería el suyo.

Luis se alejó penosamente impresionado.

Una hora después, fiel á su promesa, solicitó hablar á Clementina.

Todos los rencores de la joven viuda se desvanecieron al solo anuncio de aquella visita. Por fin era él el que daba los primeros pasos. ¿Qué la quería?

—Hizo salir á Luz precipitadamente, y esperó, llena de emoción y ansiedad.

¡Ay! Sólo habló de prosáicos negocios. La recordó que tenían que arreglar intereses comunes, que la muerte de Maudhuy y la menor edad de su hijo les obligaban á cumplir ciertas formalidades prescritas por la ley.

—Pero ¿no os había encargado yo de todo eso, y no habíais consentido en ello?

—Sin duda y haré todo lo que de mí depende para evitaros incomodidad; pero todas esas formalidades deben cumplirse en París, en vuestra presencia y con vuestra firma.

—Pues bien, estoy pronta á ir á París, y hasta á residir allí, si lo creéis necesario.

—Precisamente iba á indicároslo; pero temía...

—¿Qué? ¿contrariarme? ¡Oh! no tal, os lo aseguro. Me aburro horriblemente en esta quinta y deseo salir de ella... desde esta tarde, si queréis.

Aquel paso dado por Luis la colmó de alegría: supuso que aquellas formalidades de justicia, aquellos asuntos que había que arreglar, sólo eran un pretexto imaginado por él para vivir juntos, para reanudar antiguas relaciones.

—¡Oh, si fuese verdad!—exclamó arrojándose en brazos de su tía un instante después que se hubo alejado Luis.

Pero ¿qué parte tendría Susana en aquel arreglo? ¿Iría también á París ó se quedaría en Villanueva? Esta duda inquietaba vivamente á Clementina; la jorobada se encargó de desvanecerla.

Fue á ver á Susana y se hizo explicar sus intenciones.

En cuanto las conoció, volvió al lado de su sobrina para participárselas.

—¿Con que quiere quedarse aquí?—dijo Clementina.

—Sí, tal es su deseo.

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Siempre, toda su vida!

—¡Ah!—dijo la viuda alegremente.

Pero una nueva inquietud surgió en su espíritu.

—Sea—dijo—se quedará aquí; pero puede recibir visitas y...

—No, se propone no recibir ninguna, y al manifestarlo así, miraba á Luis, que se hallaba presente, como para indicarle que aquella prohibición se refería particularmente á él; Charens lo comprendió así, y bajó la cabeza con aire resignado.

—¡Bien!—repuso Clementina—solo me sorprende que tenga el valor de quedarse sola aquí, en esta casa.

—¡Oh! su idea no es quedarse sola.

—¿Qué quieres decir?

—Espera que se le deje á Jorge.

—¿A mi hijo? ¡Eso no!

—¡Por qué? ¡no sabrá cuidarlo?

—Eso sí, porque lo adora; pero yo soy su madre y...

—Pues justamente porque eres su madre; por eso debes preferir que viva en el campo, al aire libre, más bien que en París, en una habitación estrecha y cerrada. El niño no es muy fuerte; necesita movimiento, ejercicio, sol. No te aconsejaría que lo confiaras á una extraña; pero sí á su tía que tanto le ama...

Además, elige lo que te parezca; ó bien dejar durante algún tiempo á Jorge con Susana, ó llevarlo contigo á París; pero en este caso, tu cuñada, atraída y dominada por su sobrino, lo acompañará y...

A la mañana siguiente Clementina tomaba el tren de París con su tía y Luis de Charens.

XVII

No era un vano pretexto el que Charens había imaginado. Estaba cierto de que la presencia de la vinda de Maudhuy era indispensable en París; era preciso nombrar tutor al menor y formar inventario de los bienes quedados al fallecimiento de aquél.

Y además, ¿cómo se arreglaría la casa comercial? ¿Continuaría Luis como socio, ó bien ad-

quiriría la parte de la viuda abonando su importe? ¿Harían definitiva liquidación?

Por de pronto ella no quiso entrar en el exámen de estas cuestiones; se confiaba plenamente en Charens; lo que él decidiera estaba bien hecho. Pero Luis no aceptó un medio de solución tan cómodo y, hasta cierto punto, de poca responsabilidad para él; quiso que ella se hiciese cargo del estado de la casa, y que no se decidiera á nada sin perfecto conocimiento de causa.

Entonces ella se sometió, y atenta á sus explicaciones, siguiendo ávidamente su palabra y su mirada, parecía comprender; luego se engañaba, se manifestaba torpe, se hacía repetir la aclaración de una duda, y todo esto con una gentileza de joven colegiala, con una gracia adorable de que era imposible que él no se sintiese impresionado.

Pronto se sintió fatigada y le rogó aplazase para otro día el fin de sus explicaciones. Al mismo tiempo insistió para que se quedase á comer con ella, lo cual tuvo que aceptar.

Al verle en la mesa, frente á ella, en el puesto que anteriormente ocupaba Maudhuy, comprendió todo el alcance de aquella frase que Luz había murmurado á su oído: *¡Ya eres libre!*

¡Sil ahora se pertenecía á sí propia; no estaba ligada á aquel marido que le había robado

sus más bellos años, que la había marchitado con su ternura. En vez de aquel espectro, veía el semblante radiante del hombre amado, de aquel que había desconocido en un momento de error, pero que la perdonaría... así lo sentía, estaba segura de ello.

Satisfecha con esta deliciosa persuasión, se mostró lo que no había sido desde hacía seis años, dulcemente festiva, sonriente, llena de encanto y seducción.

Imposible era no hablar de Maudhuy, pero lo hizo sin marcada repugnancia, con triste y dulce gravedad; reconoció sus excelentes cualidades, su inalterable bondad; hasta llegó á reprocharse no haber sido para él lo que debiera haber sido, y de haberle disgustado y hecho padecer muchas veces.

—Pero, ¿acaso tenía yo la culpa?...

Desde el día siguiente se puso á preparar sus medios de ataque.

Por el pronto se ocupó en hacer desaparecer de la habitación todos los objetos que despertaban mas directamente el recuerdo del difunto.

Los muebles fueron dispuestos en mejor orden, y algunos de ellos reemplazados por otros nuevos y de más moda: compró nuevas y elegantes colgaduras.

Luego llegó la importante cuestión de tocador. Su viudez la autorizaba para renovar sus trajes; no dejó de hacerlo así; felizmente para ella, el negro hacía resaltar la blancura mate de su piel y el brillo de su mirada.

—¡Qué bien te sienta el luto!—decía ingenuamente Luz al verla ensayar sus coqueterías delante de un espejo.

Luis no pareció notar todos aquellos gastos hechos á su intención. Sólo se presentaba cuando era necesario, para hablarla de negocios, de cuentas, de números, pero conservando siempre una impenetrable reserva.

Varias veces Clementina le consultó sobre los cambios que meditaba, y él daba su opinión francamente y en pocas palabras. Siempre tenía algún trabajo urgente que le impedía admitir sus invitaciones; así es que ella se llegó á cansar de hacérselas inútilmente.

Por otra parte, su vida, que ella explicaba en sus menores detalles, era sumamente sencilla; habitaba dos pequeñas piezas en las oficinas, se hacía llevar de fuera sus comidas y no salía más que cuando los negocios de la casa la obligaban á hacerlo. Esto podía prolongarse indefinidamente.

Al cabo de un mes, Clementina comprendió la inutilidad de sus tentativas. Entonces se

dejó dominar por un sombrío desaliento. Los consuelos de Luz la exasperaban.

Pronto hizo recaer sobre la vieja todo su mal humor; era un testigo irritante de sus humillaciones; además, ¿quién podría responder de que los desdenes de Luis no se produjesen por la presencia de aquella deforme y ridícula parienta?

Luz sufría aquellos arranques de tan mal genio, como un pobre perro los malos tratamientos de su amo. Una sola vez protestó dolorosamente.

—¡Ingrata! —le dijo, —jamás sabrás lo que he hecho por tí después que estoy aquí.

Estas palabras, y la mirada que las acompañaba, eran toda una confesión; pero Clementina no lo notó. Continuó abrumándola con sus reproches, hasta un día en que, á consecuencia de una carta de Clamecy, en la que Baumet se quejaba de la prolongada ausencia de Luz, tuvo lugar la separación de tía y sobrina.

—Sí, puede ser que así sea mejor, —dijo la solterona; —te fastidio, soy un espantajo... pero tú triunfarás. Luis te ama, no se me oculta; un resto de temor y de cortedad es lo que le detiene... Pero suceda lo que quiera, acuérdate de la vieja Tatá... que te ama, que sólo vive por tí... ¿Qué haría yo en el mundo sin mi Nini?

Clementina enternecida por aquella infinita ternura, cayó en brazos de su tía, y se separaron llorando.

¡La joven viuda no ganó nada con su partida, al contrario, Luz era una intermediaria entre ella y Luis, pues todas sus entrevistas habían sido facilitadas por su ingeniosa complacencia! Hoy... ya nada; alguna que otra visita de negocios de tarde en tarde, algunas palabras cambiadas con glacial cortesanía.

—¡Ah!... ¡Piensa siempre en ella! ¡Cuánto le ama!— repetía Clementina desesperada.

Y arrebatada por su imaginación, creyó ver en aquella separación, que ella misma había provocado, un medio concertado entre ambos para reunirse más libremente.

—¡Sí, eso es!— se decía;— Luis va secretamente á Villanueva... ¡y se rien de mí!

Y vigiló más cuidadosamente los pasos de Luis, llegando al extremo de tener espías pagados. Pero nada descubrió, y sólo adquirió la prueba de que desde su regreso á París ni un solo día se había ausentado.

Era el principio de noviembre; se hacían sentir los primeros fríos.

—¿Qué hará mi cuñada en el campo, en un tiempo tan malo, sola allí con el niño?— se preguntó Clementina exasperada.

Entonces se sintió acometida de una profunda inquietud maternal; se reprochó de haber dejado á Jorge en manos de aquella joven extraña, que le enseñaría á detestarla. ¡Era su hijo, en fin, y quería volver á verle!

También sabía que quitando el niño á Susana, hería á ésta en el corazón.

Una mañana partió para Villanueva.

La quinta, tan encantadora algunos meses antes, estaba ahora triste con sus céspedes amarillentos y sus árboles despojados.

El niño, aprovechándose de un rato de sol, jugaba en el terrado al cuidado de una doncella. Se detuvo sorprendido al ver á su madre, que se regocijó al verlo tan sano y tan robusto.

—¡Oh, querido Jorge!— exclamó precipitándose hacia él y abrazándole.

Pero se detuvo en sus caricias al ver á Susana que la miraba, pálida de sorpresa y emoción.

—Y bien, ¿qué?— dijo Clementina;— ¿te sorprende que yo haya querido verle? ¿Contabas con acapararle para tí sola y privarme de él á mí, á su madre? ¡Ah! no, no. ¡No lo he entendido yo así!

—¿Puedes quejarte del modo con que ha sido cuidado y atendido?

—No, pero su puesto está á mi lado, y esta misma tarde lo llevo á París.

Y volviéndose á la doncella,

—Irene—la dijo,—id á preparar los efectos del niño, y hacedlos llevar á la estación.

—¿Estás decidida á ello?—preguntó Susana.

—¿Cómo que si estoy decidida?

—¡Basta!... Irene,—repuso Susana con voz firme,—cuando preparéis el equipaje del niño, venid á mi cuarto á ayudarme á arreglar el mío.

Clementina se estremeció.

—¿Cómo!... ¿Partes tú también?—dijo.

—¡Claro! ¿Qué quieres que haga aquí?

—Lo que has hecho hasta ahora.

—Sí, pero estaba con Jorge; desde el momento en que me lo quitas...

—¿Y vienes á París?

—A París ó á cualquiera otra parte, poco importa; á donde quiera que le lleves, allí iré yo: he jurado á su padre moribundo no separarme de él, y cumpliré mi juramento.

—¿Y si me fuese imposible recibirte en mi casa?

—¡En la casa de mi hermano! No me extrañaría. Pero entonces ya sé lo que tenía que hacer.

—¡Ah!... ¿qué es lo que harías?

—Ya lo verás.

Clementina tuvo un momento de horrible incertidumbre; luego repuso:

—¡Te complacerías en calumniarme, en hacerme la víctima, haciéndome pasar por una ingrata y vil criatura!... Pues no; no te daré ese gusto. Ya que quieres venir á París, ven; serás recibida en la *casa de tu hermano*, como tú dices, y la mitad de su fortuna estará á tu disposición.

—No necesito tanto—dijo Susana.

Y se retiró á su cuarto á hacer sus preparativos.

Al anochecer, las dos cuñadas y el niño se apearon de un coche en la calle de Enghien.

XVIII

Susana y su sobrino volvieron á ocupar las dos piezas que habían ocupado antes de la muerte de Maudhuy. Excepto la presencia de éste, parecía que la existencia debía ser para ellos la de otro tiempo. Susana estaba resuelta á todas las sumisiones con tal de que no se la separase de su querido Jorge; y Clementina,